

//Dossier// Exequiel Svetliza y Victoria Torres (coords.)

Malvinas: representaciones, reescrituras y modulaciones a 40 años de la guerra

**Malvinas: la literatura como testigo absoluto.**  
**El caso de *Las islas*, de Carlos Gamerro**  
**Laura Destéfanis<sup>1</sup>**

Recepción: 21 de octubre de 2022 // Aprobación: 30 de noviembre de 2022

**Resumen**

Este trabajo propone una lectura de *Las Islas* (1998), de Carlos Gamerro, atendiendo por una parte a la compleja problemática de la identidad nacional en la Argentina de posdictadura, quebrada luego del fuerte torcimiento de las matrices sociológica y económica del Estado como consecuencia de la dictadura; y por otra, a la cuestión de la identidad individual, con foco en la figura de Felipe Félix. Este personaje permite sondear en la subjetividad de un joven veterano de guerra que consigue desmarcarse de la filiación inherente a toda lógica nacionalista y disentir de la pertenencia a un Estado-patrón filicida. Publicada en plena etapa de desmalvinización como reacción ante la derrota, la vigencia de sus postulados radica en la persistente falta de justicia ante lo que fueron, a todas luces, crímenes de lesa humanidad cometidos por un conjunto de hombres en nombre del Estado argentino.

**Palabras clave**

Malvinas - guerra - identidad - posdictadura - Gamerro

**Abstract**

This paper aims to offer a reading of *Las Islas* (1998), by Carlos Gamerro, attending on the one hand to the complex problem of national identity in post-dictatorial Argentina, broken after the strong twisting of the sociological and economic matrices as a consequence of the dictatorship, and on the other, to the issue of individual identity, focusing on Felipe Félix. This character allows us to delve into the subjectivity of a young war veteran who manages to cut off the affiliation inherent in all nationalism and dissent from his belonging to a filicidal State. Published in the middle of the 'demalvinization' stage as a reaction to the defeat, the validity of its postulates lies in the persistent lack of justice in face of what were, clearly, crimes against humanity committed by a group of men in the name of the Argentinean State.

**Keywords**

Falklands/Malvinas - war - identity - post-dictatorship - Gamerro

---

<sup>1</sup> Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Investigadora postdoctoral INDEAL-UBA. E-mail: marialauradestefanis@gmail.com

*Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías.*

P. Levi

Tras la rendición del Ejército Argentino el 14 de junio de 1982 en Puerto Argentino, todo lo relativo a la guerra de Malvinas entró en un proceso de ocultamiento al que ya en marzo de 1983 se llamó “desmalvinización”. A pesar de este estado de cosas, la representación literaria estuvo presente desde el mismo desarrollo de la guerra aunque –como se detallará más adelante– con particularidades. Quizás el primer indicio de ese procurado olvido haya sido el regreso de los sobrevivientes al continente, producido en las sombras, de noche, de manera penosa, sin ninguna facilidad de parte del Estado para el regreso a los hogares, con un paso previo por los cuarteles; en muchas unidades se les hizo firmar a los ahora ex combatientes un compromiso de silencio acerca de lo sucedido en las Islas. La furia social contra el gobierno *de facto* de Galtieri y la derrota vergonzante concluyeron en un abandono absoluto de los soldados, a quienes se les negó por décadas todo tipo de reconocimiento, ya fuera material o simbólico. El número de muertes por suicidio llegaría casi a duplicar con el correr de los años al de caídos en Malvinas.

Por extraño que parezca, sigue siendo difícil tomar una posición crítica respecto del conflicto bélico del Atlántico Sur en Argentina:

Ha sido así desde el final mismo de la guerra: criticarla es ser antinacional; reivindicar la lucha contra el imperialismo, apólogo de la dictadura. Sostener el reclamo, un resabio fascistoide; llamar a tener en cuenta las experiencias de los isleños, ser “liberal”, cipayo o antipopular. (Lorenz, 2013, p. 11).<sup>2</sup>

La guerra que cerró el ciclo dictatorial fue también la última guerra “convencional” del siglo XX: fue una guerra de trincheras, con desarrollo de “combates navales, aéreos y terrestres a la vieja usanza” (Vitullo, 2012, pp. 67-68), donde ambos bandos respetaron los códigos de honor (protección de la población civil, cooperación en la asistencia a los heridos, etc.)<sup>3</sup>, y por el tipo de cobertura periodística<sup>4</sup>. Esta guerra, instigada por aquel gobierno, fue la única librada por Argentina en el siglo XX, en el marco de “la peor dictadura militar de su

---

<sup>2</sup> Para una historización de la matriz discursiva en favor de la causa argentina por la recuperación de las islas, ver Andrea Belén Rodríguez, “Malvinas: la pervivencia de la causa nacional y sagrada”, en Mare et al., 2022.

<sup>3</sup> No se considera en esta observación de los códigos de honor el caso del hundimiento por parte de las fuerzas armadas británicas del crucero A.R.A. General Belgrano, que navegaba fuera de la Zona de Exclusión declarada unilateralmente por Gran Bretaña cuando fue atacado, tragedia que se cobró la vida de 323 argentinos.

<sup>4</sup> Para todo lo relativo a la guerra de Malvinas, cf. Lorenz, 2006a, 2006b, 2009, 2013; Mare et al., 2022.

historia, contra la segunda potencia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en el contexto de la Guerra Fría, en un período de gran aislamiento internacional” (Lorenz, 2009, p. 10). Las fuerzas armadas argentinas habían sido empleadas con frecuencia en otro tipo de acciones, relacionadas con la represión interna (tanto dentro del país como en otros países del continente). Los hitos de estas fuerzas, desde la consolidación nacional, fueron el genocidio de los pueblos originarios, la guerra de invasión al Paraguay y los continuos golpes de Estado, con los consiguientes ataques a la población civil<sup>5</sup>.

La guerra de Malvinas se desarrolló tras seis años de dictadura, entre abril y junio de 1982. En ella, el papel de las fuerzas armadas dejó en evidencia que el entrenamiento recibido en las últimas décadas tenía tanto más que ver con la represión a los movimientos de base que con la protección de la soberanía.

Décadas de creciente involucramiento político habían alejado a los oficiales –sobre todo del Ejército– de su función específica y profesionalización. [...] se habían orientado a la “guerra interna”, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por los Estados Unidos. (Lorenz, 2009, p. 86).

No obstante, el apoyo de la población civil a la guerra fue notable. A pesar de irrumpir en ese panorama, confluyó en el reclamo por Malvinas un amplio arco del espectro social, que encolumnó tras una misma causa a militares golpistas, a ciudadanos sin militancia política, al Partido Comunista, a sectores del peronismo y a corrientes maoístas y trotskistas (cf. Verbitsky, 2002). Fueron contadas las voces disidentes: Madres de Plaza de Mayo, personalidades de la cultura como Osvaldo Bayer, David Viñas, Osvaldo Soriano, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges, los obispos Jaime de Nevares y Jorge Novak, dirigentes ligados a los derechos humanos como Adolfo Pérez Esquivel. La sumatoria de nacionalismo y antiimperialismo formó una entente que desembocó en la concentración de Plaza de Mayo del 2 de abril de 1982: “[...] la guerra fue llevada a cabo por un gobierno dictatorial, represivo y criminal, [no obstante] ningún evento de la historia argentina dio lugar a semejante consenso cívico-militar basado en la pertenencia nacional” (Vitullo, 2012, p. 12). El desembarco en Malvinas estaba, a su modo, legitimado por el conjunto de la población<sup>6</sup>. Oponerse a la guerra era un acto de valentía “fundamentalmente porque significaba ir en contra de una corriente de opinión dominante y cuestionar uno de los valores con mayor arraigo en la cultura

---

<sup>5</sup> Para la larga historia de participación del ejército en la represión interna, cf. Viñas, 2013.

<sup>6</sup> Para el apoyo poblacional a la guerra de Malvinas, cf. Lorenz, 2002 y 2009. Para los posicionamientos de movimientos, grupos y partidos abiertamente enfrentados a la dictadura, cf. Rozitchner, 2006; Bonnet, 1997; Federico Mare, “Izquierdas y Malvinas”, en Mare et al., 2022.

republicana, que era la idea de la patria” (Lorenz, 2009, p. 59), si bien poco más tarde la decepción por la derrota y las condiciones en las que se desarrolló la guerra enfurecieron a los mismos actores que meses antes habían apoyado la intervención: la muerte de cientos de jóvenes en cumplimiento del servicio militar obligatorio<sup>7</sup>; la instrucción de los jóvenes de la clase 1962 brindada a duras penas a la clase 1963 apenas ingresada en los cuarteles<sup>8</sup>.

En el campo de los estudios sociales, la *desmalvinización* parece haberse hecho extensiva a la investigación de los hechos y a la producción de material histórico, documental y ensayístico. ¿Qué ocurrió, por su parte, con la representación literaria del conflicto? La primera representación literaria de la guerra fue la novela de Rodolfo Fogwill, *Los pichy-cyegos* (1983), escrita durante la semana inmediatamente posterior a la rendición argentina. Allí, Fogwill narra las estrategias de supervivencia de un grupo que decide desertar en el marco del propio teatro de operaciones (no había manera de escapar de las Islas), construyendo un refugio subterráneo al que llamaron pichicera (el pichiciego es un roedor del norte argentino). La novela está plagada de alusiones a la brutal represión de la dictadura, y reseña también las torturas a las que fueron sometidos los conscriptos de parte de sus propios oficiales y altos mandos, recogiendo de este modo con inmediatez lo que luego se constituiría en la denuncia colectiva más acallada de la historia reciente argentina: el Informe Rattenbach, oculto por varias décadas y finalmente desclasificado en 2012<sup>9</sup>. Pasaron varios años para que comenzara a constituirse un corpus que tomara a la guerra como representación<sup>10</sup>.

Las largas listas de nombres en los mausoleos y los cenotafios recuerdan a los monumentos del holocausto y al propio Parque de la Memoria<sup>11</sup>; el efecto abrumador del número refuerza el anonimato del soldado, “desconocido” aunque se exhiba su nombre, en contraste con muchos de los nombres de los desaparecidos, sobre cuya historia sí hubo un

---

<sup>7</sup> “Alrededor de 7 de cada diez de los argentinos combatientes en Malvinas fueron soldados conscriptos” (Lorenz, 2009, p. 68).

<sup>8</sup> “[...] la clase 1963 había sido convocada recientemente, y ni siquiera, en algunos casos, había realizado las prácticas de tiro correspondientes”, Lorenz, 2009, p. 91 (cf. también Kon, 1982); la falta de alimentos –hubo casos de muerte por desnutrición– y vestimenta adecuada para el gélido invierno insular (el grueso de los conscriptos provenía, además, de zonas subtropicales).

<sup>9</sup> Cf. S/D. “Qué es el Informe Rattenbach de la guerra de Malvinas”. *La Nación*. 25 de enero de 2012, y Lorenz, 2009, p. 189. Cf. también Vassel, 2007.

<sup>10</sup> Para un recorrido de las ficciones sobre la guerra de Malvinas, ver Kohan, Blanco e Imperatore (1993), Sarlo (1994), Linford Williams (2005), Vitullo (2007, 2012), Svidler (2007), Ehrmantraut (2009), Torres (2009), Segade (2011a), y Bruña Bragado y Mira Delli-Zotti (2013).

<sup>11</sup> Para el efecto de estos emblemas del nacionalismo y su relación con la religiosidad, cf. Anderson, 1993, pp. 26-30.

trabajo intenso de memoria<sup>12</sup>. A treinta y tres años de la guerra, el CECIM La Plata<sup>13</sup> recibió la desestimación de la Corte Suprema de Justicia de la Nación a un petitorio para declarar como crímenes de lesa humanidad las torturas y vejaciones infligidas por los superiores a los soldados –recogidas en el Informe Rattenbach–, de modo que aún son considerados crímenes prescriptos, situación que impide el avance en términos de justicia penal.

El olvido y el silencio (esas dos palabras que son un lema desde la creación de H.I.J.O.S., agrupación gestada por los mismos años en que Gamerro escribía *Las Islas*) generan fantasma. De Goya a Lacan, la sentencia es célebre: todo lo que queda fuera de la esfera de la razón/consciencia, produce monstruo. Aquello que espanta si se hace manifiesto pero permanece como fantasma si no es nombrado no forma parte de lo real insignificado, sino del imaginario que acecha, al que Freud (1919) llamó *Das Unheimliche*. Durante años, esos fantasmas de la guerra fueron puestos en palabras por la literatura. Sin embargo, durante los años ochenta las representaciones de Malvinas en la literatura (similar situación se observó en otras áreas artísticas o, como decíamos, de estudios) fueron escasas, en contraste con la recurrente exploración de todos los delitos perpetrados por el terrorismo de Estado; la guerra estuvo quizás opacada por el abrumador peso de esos crímenes pero también porque, a diferencia de la dictadura, es particularmente complejo meterse con una causa que sigue siendo considerada justa, que goza de legitimación social. Fue en los años noventa cuando comenzó a gestarse un corpus literario sobre Malvinas. *Las Islas* tiene la particularidad de presentarse como *summa*, compendio de afán exhaustivo acerca de todo lo relativo a aquella guerra: pareciera narrarlo *todo*, como si no quisiera dejar librado un solo resquicio donde pudiera ocultarse el fantasma. A fin de cuentas, la guerra de Malvinas fue la suma de dos “guerras”: interna/externa, “sucias”/“limpias” (Rozitchner, 2006), fraguada/verdadera, donde la violencia de la “previa” se superpuso a la posterior.

Como sabemos desde Primo Levi<sup>14</sup>, el único testimonio completo es un imposible porque la experiencia total sólo la conocen quienes ya no están para ponerle palabras. Muchos caídos fueron, también, desaparecidos de la dictadura, sin restos ni tumba, vidas desnudas (Agamben, 2017) cuyo final desconocemos. En *Las Islas*, “asistimos al desplazamiento desde una imposibilidad lógica a una posibilidad estética” (Agamben, 2000, p. 38): sólo la ficción puede reponer la voz sin nombre del testigo absoluto.

---

<sup>12</sup> En los últimos años, el Equipo Argentino de Antropología Forense, constituido con el propósito de identificar restos óseos en fosas comunes señaladas por sobrevivientes y testigos para restituir la identidad a los desaparecidos, se abocó al reconocimiento de las tumbas NN en Malvinas, tras una importante gestión diplomática que permitiera al equipo la incursión en territorio.

<sup>13</sup> Centro de Ex Combatientes Islas Malvinas, que llevó adelante una larga lucha anti-desmalvinizadora.

<sup>14</sup> Cf. “El testigo”, en Agamben, 2000.

## Los espejos y la cópula

*Las Islas*, primera novela de Carlos Gamerro, inicia su acción en junio del año 1992<sup>15</sup>. El comienzo sitúa al narrador, Felipe Félix, en situación de afrontar la angustia que le provoca cada nuevo día al despertar (Gamerro, 1998, p. 11). Está atrapado. Su estrategia es estarse quieto: no porque eso lo libre de una segura fagocitación por parte del bicho mayor, sino para salvarse de la conciencia previa a esa depredación ya en curso. Ese día debe levantarse porque el tiempo apremia: está llegando tarde a la cita con Tamerlán. No lo conoce. La amenaza es tácita: una vez más, como hacía diez años cuando fue convocado a los cuarteles ante el inminente traslado hacia el sur, su destino lo obliga a presentarse a la cita. Felipe entiende que el “matarife elegante” (Gamerro, 1998, p. 12) que le dio la orden de ver a Tamerlán es mano de obra desocupada tras la llamada *guerra sucia* (Rozitchner, 2006), generalmente absorbida por el aparato del Estado. Un “servicio, claro; pero demasiado bien mantenido para ser de la SIDE<sup>16</sup> o el ejército” (Gamerro, 1998, p. 12).

Fausto Tamerlán amasó su fortuna en los años de plomo. En 1980 inauguró el edificio de su monolítico imperio, dos “torres gemelas” en Puerto Madero, el barrio más nuevo de Buenos Aires, a orillas del Río de la Plata. Felipe es convocado en calidad de hacker para averiguar los nombres de una veintena de testigos que asistieron casualmente a una escena comprometedora: desde una de las torres en la que estaban reunidos vieron a César, el hijo menor del empresario, arrojar al vacío desde lo alto de la otra torre a un circunstancial amante. La trama policial queda entonces planteada: crimen, asesino y detective; de la víctima, por el momento, nada se sabe. No obstante, el empujón de César provoca un efecto dominó que pone al descubierto toda una cadena de delitos del presente y el pasado reciente. Esa muerte es, además, una caída y una desaparición: un desaparecido en democracia, el peor de los fantasmas.

Violencia y política, dos líneas mayores en la tradición literaria argentina, aparecen aquí mediadas por la obra de Kafka, alegoría privilegiada en la representación del individuo atravesado por la violencia de Estado. La relación entre los personajes, la geografía urbana y la arquitectura que los contiene refuerza la imagen del insectario, que el propio texto actualizará con frecuencia: “me encontraba convertido en una especie de pólipo entreverado y proliferante, un dios hindú de diez piernas y cien brazos y un sistema planetario de cabezas” (Gamerro, 1998, p. 14); “Al cruzarse se saludaban en un complejo ritual de insectos sociales”

---

<sup>15</sup> Cito siempre por la edición de Simurg, 1998 (la novela fue reeditada por Edhasa en 2012 con algunos cambios –mayormente de estilo– que no modifican ninguna cuestión nodular).

<sup>16</sup> Servicio de Inteligencia de Estado, disuelto durante el segundo mandato de Fernández de Kirchner tras una serie de escándalos ligados a la corrupción, el tráfico de influencias y el caso Nisman.

(Gamerro, 1998, p. 15); “desapareció en el ascensor como una mosca en la lengua de un sapo” (Gamerro, 1998, p. 16); “piernas y brazos eran delgados como palitos, y con cuatro más hubiera quedado idéntico a una araña” (Gamerro, 1998, p. 17); etc. Felipe posee el indeseado privilegio de llegar hasta las oficinas de Tamerlán, en la cúspide de la torre dorada. Allí, una serie de tapices de caza interrumpe el vértigo de espejos. El desvalido ciervo es el reflejo metafórico de Felipe; la homofonía *ciervo/siervo* también los confunde. Felipe-cervatillo está nuevamente cautivo, siervo del Estado y presa de la empresa. La maquinaria lleva más de una década funcionando: en la Argentina menemista, Estado y empresa han vuelto a ser socios estrechos, como en un comienzo.

El ámbito que contiene este insectario humano es la doble llanura que conforman la pampa y “el río sin orillas” (Gamerro, 1998, p. 31), que refleja a su vez el cielo, la tercera planicie que completa el cuadro. La voluntad de un hombre fue capaz de quebrarlas, como un fálico obelisco que disputa la hegemonía de las alturas: las torres de Tamerlán, totalmente espejadas, parecieran atravesar perpendicularmente pampa y cielo. Como las Islas, son dos (Viterbo y Nicotera, 2013): dorada y plateada. Se reflejan entre sí y con el río, en un juego múltiple. Por dentro, presentan una versión muy mejorada del panóptico de Bentham (Foucault, 2002, pp. 121 y ss.): los techos están constituidos por vidrios espejados y, a medida que se asciende, se puede ver el piso inferior sin ser visto, por lo que la estructura reproduce la pirámide social estamentaria a modo de cámara Gesell. Felipe descubre un panóptico vertical y jerárquico (la arqueología soñada de la *obediencia debida*): cuanto más alto, mayor control. La sensación de vértigo, por tanto, no sólo es física sino también psicológica. No hay contacto visual posible: todos los empleados llevan gafas espejadas. Las paredes son móviles, por lo que el camino presenta las dificultades de un laberinto pero sin la posibilidad de estudiar una salida.

El guardaespaldas-psicoanalista de Tamerlán interroga al convocado en un diván. Su voz es electrónica y Felipe lo ve como una araña. Ante sus preguntas, se identifica como hacker y explica que el detector de metales dio la alarma porque lleva consigo un “recuerdo” (Gamerro, 1998, p. 17), un pedazo de casco incrustado en su cabeza<sup>17</sup>. No hay desmalvinización posible en el cuerpo herido, mutilado o *cyborg* de los ex combatientes; tampoco en la mente ni en el pensamiento: el olvido, a menudo anhelado, es un imposible. El *souvenir* de la guerra está fundido en el propio cuerpo, allí donde se alojan el recuerdo y la

---

<sup>17</sup> En 2004, pocos años después de la publicación de *Las Islas* (1998), el activista Neil Harbisson fue la primera persona en el mundo reconocida como ciborg por un gobierno y la primera con una antena implantada en la cabeza.

memoria. Símbolo extremo de la biopolítica, esto es, de la instrumentalización de la vida natural por parte del poder político en la era moderna; del poder-saber de una sociedad en la que los cuerpos son técnicamente intervenidos y/o interpretados –en términos administrativos, médicos, jurídicos– con la finalidad y/o como resultado de un control social (Foucault, 1998 y 2009); su propio cuerpo ha devenido un *souvenir* de la guerra, un resto al que toda la sociedad vuelve la espalda, un testimonio manifiesto del que él no consigue salir.

Fausto Tamerlán no distingue entre la realidad y sus fantasías: vive en el mundo del todo posible. En el centro están su ego y su ello “el gran depósito de la libido” (Freud, 1979a), que opera fuertemente en su personalidad<sup>18</sup>. Su reino, a diferencia del Tamerlán de Borges (1989, pp. 461-462) “no es de este mundo solamente” (Gamerro, 1998, p. 31). Tuvo dos hijos. El deseado primogénito, su homónimo Fausto, fue su imagen y semejanza; murió en una guerra a la que él no considera siquiera como tal, la del Atlántico Sur (Malvinas): “En una guerra de verdad se hacen y se pierden fortunas” (Gamerro, 1998, p. 24). César, en cambio, fue un capricho de la madre: la mala copia, un desviado, aunque “siempre es útil tener un repuesto a mano” (Gamerro, 1998, p. 31). El juego de espejos se abisma: el verdadero y su reflejo son como vidrio y acrílico –elementos que dan título al primer capítulo–, el uno frágil y el otro degradado, el del padre y el de la madre. Oro y plata, como las torres; dobles, como las Islas.

El filicidio (Rascovsky, 1975) aparece como otra de las marcas de la narrativa argentina de posdictadura. Los jóvenes desaparecidos fueron muertos a manos del Estado, tanto en la *guerra sucia* como en la guerra de Malvinas; sus ejecutores fueron sus mayores. La figura de Tamerlán reúne la autoridad del padre y la del Estado, en ambos casos inmoral, perversa, enfermiza, *desviada* de los cánones de preservación de la especie. Su poder está cifrado en una serie de elementos que, como si de una imagen surrealista se tratara, reúne su escritorio –punto cumbre desde el cual ese poder opera–: un rebenque, el *souvenir* fundacional de su imperio, un papel con cocaína; esto es: el crimen impune en toda escala (familiar y social), la megalomanía y la adicción. Los componentes de la refundación de fin de siglo XX en Argentina no son ya, como los espejos y la cópula, los que “multiplican el número de los hombres” (Borges, 1996a, p. 431), sino al contrario, los que lo reducen, abominables también en este caso, desde el punto de vista de la vida que insiste aún bajo el régimen neoliberal.

---

<sup>18</sup> “El criminal célebre y el humorista subyugan nuestro interés, en la figuración literaria, por la congruencia narcisista con que saben alejar de sí todo cuanto pueda empequeñecer su yo” (cf. Freud, 1979b).



Al salir de aquel vértigo de la torre, las réplicas se continúan en clave de calle. Un linyera, que desaparece y aparece en escena como en los retablos de títeres para niños, le enseña a Felipe una maqueta de la torre hecha –al igual que los monstruos de Berni– con desechos. Permanece oculto dentro de ella, como si fuera a su modo el amo de la torre: “–¡Te puedo ver y vos no!” (Gamerro, 1998, p. 42). Lo único que Felipe consigue atisbar, asomándose desde algún orificio de la réplica, son precisamente sus ojos, aquello que en la torre estaba vedado. La escena se refleja en las ventanas espejadas de la torre de Tamerlán<sup>19</sup>. Ante esta visión, las palabras del linyera activan nuevamente las múltiples significaciones que este primer tramo de la novela ha ido tejiendo, como una verdadera araña, en torno del lector-mosca: “–¡No se vuelve del otro lado del espejo! –exclamó” (Gamerro, 1998, p. 42). De esa cita a ciegas no hay retorno.

En este país de las maravillas las víctimas desaparecen de manera enigmática y sin dejar rastro. “Es el mismo camino hacia arriba y hacia abajo –dijo, y abrió los ojos redondos de pánico” (Gamerro, 1998, p. 42). El acertijo lúdico a la manera de Carroll (1997) se transforma aquí en un enigma angustiante. ¿Arriba, abajo? El ascenso a la torre provocó la caída y la muerte que desataron la trama del crimen. “Irse para arriba” es expresión que remite a la muerte en contextos muy precisos (Verbitsky, 1995), el descenso final. Es un camino de ida tras el espejo abominable. No hay regreso ni manera de zafarse.

### ***Game over***

El videojuego de la guerra es la excusa perfecta para distraer a Verraco, ingresar al sistema de información de la SIDE y conseguir el listado con los testigos del crimen de César. La obsesión patológica de Verraco por ganar la guerra y recuperar las Islas, y el desprecio que Felipe siente por él (por cualquiera de aquellos superiores), son la ocasión perfecta para jugar con su ilusión: primero le brinda mucha ventaja sobre sus oponentes pero luego, hacia el final, un virus impedirá cumplir el sueño de Verraco de ganar la guerra (Gamerro, 1998, pp. 111-113).

La recorrida por las diversas opciones del menú de selección para el armado del juego es un despliegue de oportunidades para la mirada sarcástica hacia los rasgos dispersos que

---

<sup>19</sup> Cf. “El fotógrafo de Flores” (o “Prólogo”, en Piglia, 2005, pp. 11-17), donde está tematizada no sólo la relación entre territorio y mapa (cf. Borges, “Del rigor en la ciencia”, en 1989, p. 225) sino entre paisaje y maqueta, tal como figura en este primer capítulo de *Las Islas* tanto en la maqueta de Tamerlán como en la del linyera, además de la fotografía y otros modos de la reproducción en escala (entre los cuales el arte, y todo objeto sinecdótico, particularmente la moneda y el juego con su falsificación/reproducción, tan caro a Piglia). La maqueta volverá a aparecer de manera protagónica en *Las Islas*, confirmando las palabras que cierran este “Prólogo” de Piglia: “lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño”.

constituyen la historia, la cultura y la demografía del país (Gamerro, 1998, p. 83). En pocas líneas, Felipe repasa la inadecuación de vestido para los fríos del sur y la flota vetusta con la que la Junta Militar decidió entrar en guerra. A su vez, en cada comentario suyo hay una (auto)crítica a la irracionalidad agitada desde un orgullo nacionalista, que se estrella contra la realidad del Estado abandonico y criminal (Gamerro, 1998, p. 87). Al referirse a los Pucará, “el avión de ataque y apoyo táctico de fabricación argentina que constituyó para los ingleses la mayor sorpresa de la guerra” (Gamerro, 1998, p. 89), la ironía se redobla en la referencia a la “guerra sucia”, en el contrapunto entre la represión sobre el propio pueblo, un triunfo de las Fuerzas Armadas, y el ataque al enemigo exterior, una derrota absoluta que cobró la dimensión de un ataque contra el propio pueblo. Los “menospreciados avioncitos sudacas [...] anteriormente sólo habían operado contra blancos terrestres en la selva tucumana” (Gamerro, 1998, p. 89), tarea represiva para la que las Fuerzas se habían capacitado en el extranjero (Verbitsky, 2002), finalmente ejercida de manera automática en muchas circunstancias, toda vez que el Estado invistió a sus miembros del poder de hacerlo.

Otro de los elementos dispersos que aparecen en este y otros capítulos es el intertexto sutil con el corpus literario sobre Malvinas y con otras literaturas argentinas y extranjeras. Particularmente significativo es, por ejemplo, el que alude a una escena memorable de *Los pichiciegos*, que lleva a la literatura, en una alusión muy velada, la figura de las monjas francesas desaparecidas, Alice Domon y Léonie Duquet (Fogwill, 2006, pp. 53-54); en *Las Islas*, un breve diálogo en medio del entramado del juego las trae a escena de manera condensada: “–Mirá, mirá. Monjas enanas. Violémoslas” (Gamerro, 1998, p. 85). Esa línea esbozada en *Los pichiciegos*, la violación de las monjas, es aquí explícita: un hecho de la “guerra sucia” es aprendido por “los chicos de la guerra” (Kon, 1982) *limpia*. La violación de mujeres que caracteriza al patriarcado (Segato, 2016), y se constituyó en una práctica usual en contexto de guerra como acción de ofensa bélica, cobra aquí además otra dimensión por focalizarse en un caso real de dos secuestradas por el régimen. Hay otros intertextos que se vuelcan, en cambio, hacia la veta cómica, por lo general orientada hacia la cuestión gaucha y campera. Sobre el final del juego, por ejemplo.

Los ingleses me tenían rodeado. [...] La Marina había retirado todos los barcos al continente, la Fuerza Aérea los aviones y helicópteros: ahora le tocaba al ejército arreglarse solo. Puerto Argentino parecía el pueblito de Asterix: “Todas las Malvinas están ocupadas por los ingleses. ¿Todas? ¡No! Una aldea poblada por irreductibles gauchos...”; faltaba sólo la poción mágica. (Gamerro, 1998, p. 105)

Esta idea de la “aldea poblada por irreductibles gauchos” reaparecerá en forma de utopía nacionalista en el diario del mayor X, relacionada con la leyenda del tesoro de Sobremonte y el tatú cordobés (que remite, claro, al pichiciego). Entre tanto, la destreza encarnada en el ser nacional argentino reaparece caricaturizada en las descripciones de las batallas finales: “[...] tranquilos, a sus anchas, los correntinos practican tiro sobre los ingleses como si fueran carpinchos o yacarés, y a la mañana siguiente festejan con mate y chamamé” (Gamerro, 1998, p. 106). La recorrida por cada uno de los enfrentamientos en Malvinas avanza a pesar del agotamiento de Felipe, ninguno de los hitos de la guerra puede quedar fuera.

Mientras programa, Felipe renarra la guerra alternando la tragedia y la farsa: “[...] la opción retirada honrosa no figuraba en el menú” (Gamerro, 1998, p. 108). Los héroes de Malvinas, “aborígenes con lanzas” de dieciocho y diecinueve años, lo fueron a pesar de las Fuerzas Armadas argentinas. La inversión ficcional de los hechos le permite a Felipe fantasear la victoria y proyectar un cálido recibimiento de los soldados argentinos en el continente; la ironía subraya puntualmente la negación y el maltrato que recibieron los sobrevivientes. El contraste con la historia es aberrante, quienes salvaron la vida tuvieron un largo, penoso y oculto regreso, y cayeron en el olvido. Al maltrato en las Islas se sumó el del continente: el Estado dio la espalda al horror que había comandado; la población, en cambio, hizo gala de su memoria de corto plazo. “Trabajo cansador este de rehacer la guerra” (Gamerro, 1998, p. 93): lo atacan fuertes jaquecas, a las que combate con drogas legales e ilegales. Ambas están muy presentes en *Las Islas*, en un espectro muy amplio: cocaína, éxtasis, ácidos, marihuana, todo tipo de ansiolítico, etc. Los índices de consumo de estupefacientes y psicoactivos se disparó y diversificó en la Argentina de posdictadura. Drogas que antes circulaban en ámbitos reducidos (la bohemia tanguera, la vanguardia artística, la juventud más inquieta, cierto sector del psicoanálisis, algunos oficios), durante los años noventa se extendieron a amplios sectores sociales y hoy son una problemática de orden mayor. De algún modo, el vacío que generó la falta de trabajo y de proyección personal, así como el arrasamiento de muchos ámbitos de contención social (clubes y asociaciones barriales, reemplazadas casi exclusivamente por iglesias de cultos novedosos en el país), fueron un terreno fértil para el ingreso del narcotráfico y la propagación del circuito de venta y consumo mediante punteros locales. En *Las Islas*, la necesidad de dominar el dolor físico y emocional está muy presente, especialmente en Felipe y en Gloria, pero también en otros jóvenes y en personajes como Tamerlán, que se mueve en el circuito de consumo de élite.

Tras una devastadora jornada de trabajo psíquico, Felipe cae exhausto y sueña. Su sueño le permite situarse en la tan anhelada posición del espectador que no fue. Todo allí está estilizado, desde el paisaje hasta la actitud de los soldados, que más que esto son guerreros, es decir, combatientes *motu proprio*, como zulúes defendiendo un territorio al que saben suyo porque lo habitaron desde siempre. No obstante, el giro es desolador: aquellos guerreros están todos muertos. Como en “Juan López y John Ward” (Borges, 1996b, p. 496), se funden amorosamente, sin importar quién es quién. Otra vez, la utopía humanista llega tarde porque sólo tiene lugar en la distopía, en una tierra arrasada por la muerte.

Verraco tiene montado en la SIDE un búnker conspiratorio para la recuperación de Malvinas; allí, las reflexiones sobre los hechos y la memoria de la guerra circulan en tiempo presente. En cada episodio, en cada comentario, se construye (y se destruye) la imagen del Estado argentino, a la vez que se ponen en evidencia los lazos de continuidad entre el Estado bajo dictadura y el Estado menemista de los años noventa: otros cargos, mismos funcionarios, salvo los poquísimos que quedaron presos tras las leyes de Punto Final, Obediencia Debida e Indulto. ¿Cómo sería arreglar “a la argentina” la cuestión de la soberanía en las Islas? Antes de que se escribiera esta novela, en 1986, se jugó el tan simbólico partido mundialista Argentina-Inglaterra, en el que Argentina califica con el célebre gol de Maradona, “la mano de Dios” (luego de muchos años de negarlo, Diego Maradona dio a entender que el reclamo del equipo inglés era certero ya que ese balón entró al arco por un golpe de puño). Poco más tarde, por los años en que se escribía esta novela, el canciller Guido Di Tella envió videos, osos de peluche y otros regalos navideños como un intento de seducir a los kelpers hacia la demanda argentina mediante un presente (Verbitsky, 2002, p. 255). En los años menemistas de las “relaciones carnales” con Estados Unidos, el absurdo ocupó un lugar en la historia antes que en la ficción.

Las reflexiones finales de Felipe desnudan dos realidades: por una parte, el histórico desdén británico por los habitantes de las Islas (que sólo obtuvieron la ciudadanía de pleno derecho tras la guerra); por otra, el racismo de la matriz identitaria nacional en Argentina desde su fundación en el siglo XIX y que, como aquí vemos, sigue plenamente operativa en el extremo más contemporáneo de la historia patria. Nada racional –como el cuidado en la proyección internacional de la imagen de la patria–, sólo el más llano racismo explica el porqué del reparto de tratos entre jefes de cuño nacional. La admiración sarmientina por Sajonia sigue vigente, a la par que el desprecio por las culturas originarias de América y las mediterráneas. Rige la ideología de la Generación del Ochenta. En cuanto al intento de soborno, el lema que esgrimen los ex combatientes está calcado del que Montoneros puso en

circulación tras los fusilamientos de Trelew, diez años antes de la guerra de Malvinas: “la sangre derramada no será negociada” (Martínez, 2004). El bucle “guerra sucia”/limpia pone en continuidad los crímenes represivos del Estado y los crímenes de guerra, siempre en ambos casos contra sus propios ciudadanos.

El video publicitario que preparan en la SIDE para seducir a los kelpers, “Tú eliges”, es elocuente respecto de la imagen de país que se tiene hacia adentro: baste observar que el título no se corresponde con el uso gramatical de Argentina, voseante. La estupidez de la Inteligencia de Estado dirigida por Verraco queda puesta en evidencia en la consideración del receptor de dicha propaganda y en lo que allí se vende como provechoso: racismo y promesas basadas en mentiras, y en una falsificación de la comparación entre Argentina e Inglaterra. El recorte que se hace de lo *bueno* y lo *malo* es una muestra más del patetismo ideológico de estos representantes del Estado. Por lo demás, la oficina termina por subrayar esta situación: macetas con “Tierra de Malvinas” (Gamerro, 1998, p. 123) y el nombre de cada una de las especies que caracterizan a la flora nacional; el escritorio de don Benito con sus comparaciones entre las Islas y las manos mutiladas del cadáver de Perón: “Tarde o temprano las recuperaremos. El día en que sus manos vuelvan a estar unidas a su cuerpo, el día en que las Islas estén unidas al continente, nuestra patria castigada y dividida volverá a ser una” (Gamerro, 1998, p. 125); George Turner, el kelper asesor de quien Benito sospechaba; el cobayo sobre el que hacían pruebas de infertilidad con la idea de rociar las Islas y dejar estériles a los kelpers. Impacta la lectura del diálogo sobre el caso Lipmann luego de que se haya hecho público el caso Nisman, fiscal de la nación y ex integrante de la SIDE. La SIDE que presenta *Las Islas*, con su inmediata referencialidad en los hechos de la historia, da la dimensión de un tipo de institucionalidad, de Estado y de nación. El Estado opera como una ficción en lo que a derechos y garantías ciudadanas respecta, y como una contundente realidad en cuanto a deberes y obligaciones: hay que dar la vida por la patria bajo reclutamiento forzoso, pero esa vida no sólo no iba a estar preservada por las leyes internacionales de guerra garantizadas por la mirada de la superioridad, sino que sería esa misma superioridad la que las infringiera contra sus propios ciudadanos, aunque las hiciera respetar sobre los extranjeros (Verbitsky, 2002, p. 236). Esta es la lógica que opera sobre la subalternidad desde los años fundantes, recogida tempranamente por la literatura, y que se replica en múltiples ámbitos del Estado argentino<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Puede trazarse un arco que vaya desde las primeras literaturas nacionales en sus diversos posicionamientos, como “La refalosa” (Ascasubi, 1839) o *El gaucho Martín Fierro* (Hernández, 1872), hasta las narrativas de posdictadura. Cf., por ejemplo, el cuento “Muero contento”, de Martín Kohan (1994).

## Guerra sucia

Felipe había sido citado a cuarteles una noche, mientras estaba en su casa con su novia Ana. Barajó remotamente la posibilidad de salir del país pero luego comprendió que era mejor guardar los apuntes de la carrera de programación y presentarse. Desde allí, partió enseguida hacia el sur en la panza de un avión, como si fuera un bulto<sup>21</sup>. Nunca volvería a ver a Ana, aunque “en cada uno de nosotros anidaba el terror mágico de que sólo los que teníamos una novia esperando lograríamos volver” (Gamerro, 1998, p. 322). Parece que Ana sí lo buscó a su regreso pero él no pudo reconocerla; tiempo más tarde pudo recordar que había tenido una novia, pero ya no supo cómo encontrarla. Sí recordaría siempre el día de la primera nevada sobre Malvinas, “ese día en que las Islas se habían vestido para nosotros y comprendimos lo que habían querido decirnos: que era más serio de lo que pensábamos, más definitivo y final: que estábamos casados con ellas” (Gamerro, 1998, p. 324). Un amor había quedado definitivamente desplazado por otro. Ser *veterano* implicaba ser ya viejo para siempre, aunque se contara con sólo diecinueve años; ser *ex combatiente* implicaba que una única vinculación opacaba todo pasado: la de la guerra, el amor por las Islas.

La novela es la primera obra de ficción en realizar un repaso exhaustivo por lo que fueron las torturas de la guerra, tempranamente documentadas (cf. Kon, 1982; Verbitsky, 2002; Lorenz, 2006a, 2009 y 2013; Vassel, 2007; H.I.J.O.S., 2012; Rattenbach, 2012; Speranza, 2012; Fowler, 2013; Peck, 2013): el modo intimidante del llamado a cuarteles; los pertrechos recibidos, “un par de borceguíes viejos del número equivocado, un FAL de caño torcido, un casco abollado sin correa” (Gamerro, 1998, p. 320); el vuelo en bodega; los maltratos permanentes de parte de oficiales; la falta de abrigo y comida; las torturas a las que ya podríamos considerar “tradicionales” en la historia argentina, como el estaqueo. El tono irónico, muy presente en la novela, es dejado de lado en muchos de los pasajes que narran los recuerdos de la guerra.

A Felipe le tocó vivir muchas de estas situaciones. El festejo por el cumpleaños de Hugo, también veterano, lo reencuentra con el grupo y con sus recuerdos. Hugo es un ex combatiente que vive como un niño bajo los cuidados de su madre, encargada de que “la *ingesta* (sic) de Malvinas” sea suculenta: para hambre, ya habían tenido la guerra. Cada año, Hugo no festejaba su cumpleaños sino el “día en que, desembarcando en la playa equivocada, su lancha rozó una de nuestras minas y la proa voló por el aire junto con sus dos piernas segadas al ras” (Gamerro, 1998, p. 338). A la hora de la “Marcha de las Malvinas” Fefe

---

<sup>21</sup> Muchos aspectos de este imaginario están testimoniados. El primer libro en recogerlos es el de Daniel Kon, *Los chicos de la guerra* (1982).

prefiere tararear su propia letra en voz tenue: “Yo movía los labios, [...] discretamente alterando la segunda línea a ‘nos las hemos’” (Gamerro, 1998, p. 340). Que el recuerdo de la guerra se esfume, que se haga posible lo imposible, aunque un pedazo de casco estuviera para siempre allí, incrustado en su cabeza, como un *memento mori* cyborgizante.

Sin embargo, estar entre compañeros es todo lo contrario al olvido. Felipe recuerda cómo, por sus conocimientos de inglés, durante los primeros días de la guerra le tocó el puesto de traductor de las noticias de la BBC y –eventualmente– de alguna comunicación interceptada, con el consiguiente castigo del teniente: “[...] me mandaron de nuevo a la montaña, con severas advertencias de lo que iban a hacerme si divulgaba los falsos rumores que hacía correr como parte de su acción psicológica al enemigo” (Gamerro, 1998, p. 331). Que este tipo de pasajes resulte verosímil da una idea del imaginario que pesa sobre los oficiales: ya en los días previos al fuego, sobrevivir al frío y al hambre los había convertido “en una tribu de salvajes, de hombres de las cavernas; en monos, en (esta era la más difícil de aceptar) linyeras” (Gamerro, 1998, p. 334). Entre los recuerdos terribles, emerge la figura de Carlitos y una escena en la cual reciben una bolsa con cartas, otro de los tópicos de la guerra. Todas eran anónimas cartas “al soldado”, nada de las familias para nadie en particular. El hartazgo hizo lugar a la parodia: el tono de la picaresca fue el de la primera representación de la guerra en la ficción (Fogwill, 2006 [1983]). La retórica, incluyendo el uso del tú, responde al imaginario de lo solemne que aún persistía (y en ocasiones persiste) en ciertos ámbitos, particularmente en el religioso. La respuesta irreverente de Carlitos es la prueba demoledora de la ilegitimidad que ante las generaciones de posdictadura tienen estos discursos y/o acciones: por una parte, un Estado filicida; por otra, la madre argentina que reza al “soldado desconocido”, evocando antes una tumba que una vida, con el único fin concreto de dar calma a su conciencia. La lógica respuesta es la del soldado: homoerotizado por fuerza de la reclusión, proyecta avanzar sobre otros cuerpos –casi tan jóvenes como el suyo– de modo análogo a como siente que se avanzó sobre el propio. Son legados posibles de la violencia: sobre la perversión, la réplica.

También circulaban rumores, leyendas reescritas de la historia nacional: que habían desembarcado ingleses en las costas de Quilmes y los vecinos los habían repelido echando aceite hirviendo desde las azoteas (las invasiones inglesas de 1906 y 1907), que habían bombardeado Buenos Aires para asesinar a Galtieri pero que huyó finalmente en una cañonera (los bombardeos a Plaza de Mayo y la huida de Perón, en 1955), hasta que “por ahí alguien enganchó la radio y pasaban todo el tiempo folklore, tango y rock nacional, y ahí sí respiramos aliviados, los ingleses sólo nos bombardeaban a nosotros” (Gamerro, 1998, p.

348); en efecto, durante el conflicto estuvo prohibido transmitir música en inglés por las emisoras nacionales, de ahí que bandas como Virus cantaran versos como “ahora el rock/vendió el stock”, ya que antes no tenían la menor repercusión en las radios. La ironía es un modo de transitar el dolor y el ridículo, pero enseguida el relato retoma el contrapunto y regresa a la conciencia en el pozo de zorro, a las ganas profundas de no morir; o sí, de morir pero no en ese sitio. Con los bombardeos, muchos de los compañeros comienzan a enloquecer. Felipe jamás olvidaría lo que Verraco, allí presente, le hizo a Carlitos, su compañero de pozo. Entre un espanto y otro, queda subrayada la continuidad entre dictadura y posdictadura. ¿Cuántos fueron los soldados argentinos muertos por sus oficiales? La única información acerca de sus días finales la aportaron los sobrevivientes, al igual que en el caso de los desaparecidos. Con el poco resto físico que le quedaba, Carlitos había matado una oveja para poder comer, y la había cargado hasta el pozo a escondidas del sargento Pablo Morsa –otro apellido bien gráfico, otro animal para la referencia–, que había incluso engordado durante la guerra a fuerza de incautar la comida a los reclutas. Los soldados estaban tan sensibilizados, a pesar (o a causa) de la omnipresencia de la muerte, que la matanza de la oveja los había hecho llorar una vez más. Con la presa, intentaron también alimentar a Hijitus, un compañero enloquecido que ya no salía del pozo. Se acercaron al fuego otros compañeros, empezaban a sentir nuevamente el cosquilleo de las extremidades. La descripción de toda la escena es espeluznante, por lo verosímil; el lector sabe, horrorizado, que nada de esto es ficción: sólo son falsas “las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios” (Borges, 1996a, p. 568). A Verraco le brillaron los ojos ante el soldado desafiante: su respuesta fue exigir a sus subordinados que lo desarmaran para enseñarle “un poco de disciplina” (Gamerro, 1998, p. 355). Algunos se negaron. Verraco apuntó con el arma al cabo Chanino; Carlitos, por fin, desistió para liberarlo de ese peligro. Lo hicieron desnudarse: estaba tan flaco como cualquier secuestrado del continente. Descoyuntado al modo de Túpac Amaru, estaqueado como Fierro en la línea de fortines, Carlos recibe sobre su cuerpo un historial de tormentos de marca nacional. Por aplicar la picana, Verraco estropea el generador de electricidad y deja a la zona sin radar; la metodología de la “guerra sucia”, aplicada a la propia tropa, desatiende la guerra contra el enemigo exterior, tal y como señala el Informe Rattenbach. Presa del terror, Felipe no quiere recordar cuál fue su actitud en aquella circunstancia. La culpa lo corroe: se pregunta *qué hice yo* en ese momento, si habrá conseguido *desaparecer –un truco de supervivencia– ante los ojos de todos*. Cree recordar que estuvo a punto de enfrentar a Verraco, en el recuerdo pierde la noción del tiempo. El hecho de haber salvado su vida es elocuente pero no olvida la muerte de Carlos.



Sin energía para seguir aplicando el tormento emblema de la dictadura del 76, Verraco manda al sargento a buscar una pinza y continúa de manera mecánica. Como el ex capitán de fragata Alfredo Astiz, Verraco despliega toda su arrogancia frente a los subordinados desarmados; la historia deja constancia de cuál fue la actitud de la oficialidad a la hora del combate contra las fuerzas extranjeras. El foco del entrenamiento militar en Argentina estuvo puesto en los ataques contra la propia población, y es por eso que la única técnica de guerra de la cual habla Verraco son los interrogatorios bajo tortura. Felipe recuerda bien aquellas palabras de quien tiene ahora frente a sus ojos. El olvido, el poco olvido de la guerra, sólo se hace presente para ahondar la tortura de la culpa. Allí donde Felipe necesita recordar, no puede, y esa impotencia es inquietante. ¿Qué lo obligaron a hacer? ¿De qué infamia se vio conminado a ser parte? Ese pedazo de olvido, como el de casco, no lo abandonará jamás. Recuerdo y olvido se alternan y lo llevan a actuar ahora, si es que entonces no pudo, y así es como comienza a increpar a Verraco, a señalarlo como el asesino de Carlos Feuer. Con sorna, Verraco se burla del muerto y reconoce la sistematización de aquellas torturas. Para él, no hay nada que confesar: se sabe poseedor de la misma impunidad con la que actuó durante la represión en el continente; de hecho, los militares sí fueron condenados por crímenes de lesa humanidad relativos a la “guerra sucia” pero no se llegó a llevarlos a juicio por los crímenes de guerra contra su propia tropa. A falta de Justicia, Fefe busca dar a conocer la Verdad, reponer la Memoria de aquel joven: mediante su nombre y los datos de su vida, le devuelve una identidad a aquel muerto. Sin embargo, los compañeros se alarman ante la actitud de Felipe: “–Escuchame, Felipe –dijo Tomás, devolviéndome a la pared–. No me importa lo que pasó allá con Verraco. Ahora estamos todos del mismo lado. Él, nosotros y vos. –Yo no –dije, sintiendo que se me desgarraba la garganta” (Gamerro, 1998, p. 361; subrayado mío).

En esta escena se demarca una cuestión fundamental en relación con la inherencia entre la identidad nacional y la individual. Al responder *Yo no* a voz en cuello, Felipe se está dando para sí una identidad diferente, está marcando una distancia, está cortando la filiación; no hay ningún “mismo lado” que pueda habitar junto a individuos como Verraco, no hay nada en lo que quiera identificarse con él. Felipe renuncia a esa idea de patria, deshereda el discurso del represor, la lengua del sicario. Si defender la patria es atravesar aquello que implicó para él la guerra de Malvinas, es ver cómo su amigo es asesinado por quien debía protegerlo, eso no es patria, no es padre, no es un territorio en común, no hay pertenencia posible. Esa no es su cultura, ni siquiera su lenguaje. Esa herencia es la que emerge como rechazo en esta literatura. No tomaremos ese legado, no creemos en las instituciones y por tanto no responderemos a su llamado en nombre de ningún “todos”. Claro que esta no es la

generalidad del posicionamiento de los jóvenes de posdictadura, pero es muy claro en la propuesta de este autor (y otros). *Yo no* es, entonces, una declaración de principios. Un límite. Una demarcación. Si el precio es convertirme en un asesino o un cómplice, prefiero ser apátrida. Construirme una vida en el extranjero, bajo otra lengua (u otro dialecto).

Sergio y Tomás, en cambio, están atrapados en el discurso nacionalista que las Fuerzas agitaron para convocar a la unidad en tiempos de guerra. Hacen un llamamiento a olvidar el pasado, a la vez que sienten que necesitan a Verraco para regresar, porque necesitan revertir la experiencia de la guerra y eso sólo puede hacerse volviendo al lugar del crimen. Quedaron pegados a aquella historia para siempre, en nombre de un colectivo en el cual Felipe no quiere reconocerse, no se siente parte de la “familia” de ex combatientes; Verraco, y todos, son definitivamente el “enemigo”. Las palabras de Sergio recuerdan a las del Viejo Vizcacha, “Los hermanos sean unidos,/ porque esa es la ley primera;/ tengan unión verdadera/ en cualquier tiempo que sea,/ porque si entre ellos pelean/ los devoran los de ajuera” (Hernández, 1978, p. 279). Pero, ¿qué, si tu hermano es Caín?

## Bibliografía

- Agamben, G. (2000). *Homo Sacer III. Lo Que Queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, G. (2017). *Homo sacer. El poder soberano y la vida desnuda*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ascasubi, H. (1960 [1839]). *Paulino Lucero. Aniceto el Gallo. Santos Vega*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Bonnet, A. (1997). “La izquierda argentina y la guerra de Malvinas”. *Razón y Revolución*, 23, 1-25. <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/luchadeclasses/ryr3Bonnet.pdf> [Fecha de consulta: 30-09-2022].
- Borges, J. L. (1989). *Obras completas vol. II*. Barcelona: Emecé.
- Borges, J. L. (1996a). *Obras completas vol. I*. Barcelona: Emecé.
- Borges, J. L. (1996b). *Obras completas vol. III*. Barcelona: Emecé.
- Bruña Bragado, M. J., y Mira Delli-Zotti, G. (2013). “Ruinas del imaginario nacional argentino: contar Malvinas”. *Kamchatka*, 1, 37-61. <https://ojs.uv.es/index.php/kamchatka/article/view/2316/2003> [Fecha de consulta: 30-09-2022].

- Carroll, L. (1997). *Alicia en el País de las Maravillas. A través del espejo*. Madrid: Cátedra.
- Ehrmantraut, P. (2009). *Masculinidades en transición: la guerra de las Malvinas en la literatura y el cine*. Washington: Washington University in St. Louis.
- Fogwill, R. (2006 [1983]). *Los pichiciegos*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Foucault, M. (2009). *Nacimiento de la biopolítica*. Madrid: Akal.
- Fowler, J. (2013). *1982. Días difíciles en las Malvinas*. Buenos Aires: Ediciones Winograd.
- Freud, S. (1919). “Lo ominoso”. Recuperado de <http://www.damiantoro.com/frontEndimages/objetos/LOOMINOSO.pdf> [Fecha de consulta: 30-09-2022].
- Freud, S. (1979a). *Obras completas, tomo 4: La interpretación de los sueños (primera parte)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). *Obras completas de Sigmund Freud (Vol. XIV)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gamerro, C. (1998). *Las Islas*. Buenos Aires: Simurg.
- Hernández, J. (1978 [1872-1879]). *Martín Fierro*. Buenos Aires: Colihue/Hachette.
- H.I.J.O.S. (2012). *Amicus Curiae*.
- Kohan, M. (1994). *Muero contento*. Buenos Aires: Simurg.
- Kohan, M.; Blanco, O. & Imperatore, A. (1993). “Transhumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas”. *Espacios*, 13, 82-86.
- Kon, D. (1982). *Los chicos de la guerra*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Linford Williams, L. (2005). *Malvinas Myths, Falkland Fictions: Cultural Responses To War From Both Sides Of The Atlantic (PhD)*. Florida State University, Florida, Estados Unidos de América.
- Lorenz, F. (2002). “Malvinas, veinte años después”. *Todo es Historia*, 417, 6-15.
- Lorenz, F. (2006a). *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lorenz, F. (2006b). “Mutilaciones. Los combatientes de Malvinas en la memoria nacional”. *El Ojo Mocho*, 20, 45-50.
- Lorenz, F. (2009). *Malvinas. Una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lorenz, F. (2013). *Unas islas demasiado famosas: Malvinas, historia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Mare, F.; Petruccelli, A.; Rodríguez, A. B. & Pennisi, A. (2022). *Si quieren venir que vengan. Malvinas: genealogías, guerra, izquierdas*. Vicente López: Red Editorial.

- Martínez, T. E. (2004). *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Peck, J. (2013). *Malvinas. Una guerra privada*. Buenos Aires: Emecé.
- Piglia, R. (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Rascovsky, A. (1975). *Filicidio, violencia y guerra*. Buenos Aires: Schapire Editor.
- Rattenbach, B. (2012). *Informe Rattenbach*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.casarosada.gob.ar/pdf/InformeRattenbach/01-InformeFinal.pdf> [Fecha de consulta: 30-09-2022].
- Rozitchner, L. (2006). *Las Malvinas: de la guerra "sucias" a la guerra "limpia"*. Buenos Aires: Losada.
- S/D. (25 de enero de 2012). "Qué es el Informe Rattenbach de la guerra de Malvinas". *La Nación*. <http://www.lanacion.com.ar/1443389-cristina-kirchner-anuncio-la-apertura-del-informe-rattenbach> [Fecha de consulta: 30-09-2022].
- Sarlo, B. (1994). "No olvidar la guerra de Malvinas. Sobre cine, literatura e historia". *Punto de Vista*, 49, 11-15.
- Segade, L. (2011). "De hermanitas perdidas a islotes insalubres: algunas representaciones argentinas de Malvinas". *Confluente*, 3 (2), 72-86.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Speranza, G. (2012). "Invisibles. Malvinas 1982-2012". *ex libris (debates)*, 1, 420-427.
- Svidler, C. (2007). *Narratives of Failure and Impossibility: Dismantling Silenced Trauma in Postdictatorial Argentina* (PhD). University of Michigan, Michigan, Estados Unidos de América.
- Torres, V. (2009). "Narrando la guerra de Malvinas entre la autobiografía y la ficción: tres casos de fines de los años 90: *La flor azteca* (G. Nielsen), *Las Islas* (C. Gamero) y *Guerra conyugal* (E. Russo)". En Schlickers, Sabine; Luengo, Ana & Toro, Vera. *La auto(r)ficción en la literatura española y latinoamericana*. Bremen: Universidad de Bremen.
- Vassel, P. (Comp). (2007). *Memoria, Verdad, Justicia y Soberanía. Corrientes en Malvinas*. La Plata: Al Margen.
- Verbitsky, H. (1995). *El vuelo*. Buenos Aires: Planeta.
- Verbitsky, H. (2002). *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Viñas, D. (2013). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Galerna y Santiago Arcos.

- Viterbo, F. & Nicotera, P. (2013). “Las ciudades modernizadas”. En Croce, Marcela (Ed.). *Latinoamericanismo. Canon, crítica y géneros discursivos* (pp. 214-238). Buenos Aires: Corregidor.
- Vitullo, J. (2007). *Ficciones de una guerra. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos* (PhD). The State University of New Jersey, New Jersey, Estados Unidos de América.
- Vitullo, J. (2012). *Islas imaginadas. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Buenos Aires: Corregidor.